

## POLEMOLOGIA O GUERRA

El profesor Gaston Bouthoul, de la Escuela de Altos Estudios Sociales, vicepresidente del Instituto Internacional de Sociología, publica la cuarta edición de *La Guerre* (P. U. F.), cuya obra ha sido traducida al inglés, árabe, japonés, portugués y español, lo que demuestra la aceptación que ha tenido. Y no es extraño si tenemos en cuenta que este libro es todo él un análisis agudo histórico y psico-sociológico de la guerra que nos parece muy completo.

*Polemología*, de «polemos» (guerra) y «logos» (tratado) es el término propuesto por el autor ya en 1946 en su libro *Cent millions de morts*, como ciencia de la guerra en general, estudio de sus formas, de sus causas, de sus efectos y de sus funciones, como fenómeno social. El autor fundó también en 1945 el Instituto Francés de Polemología, que se dedica a investigaciones científicas sobre la guerra y la paz, y publica una revista, «Guerres et Paix», editada por P. U. F.

Ciertamente la consideración de la guerra como el hecho constantemente repetido y tan antiguo como el hombre, especie de «epidemia social», el «mayor mal» que, en crítica dura de nuestro Luis Vives, nos asemeja a las bestias («bellum de belluis», dice), es el más espectacular y trágico de los fenómenos sociales que marca históricamente los límites de los grandes acontecimientos: por la guerra han perecido casi todas las civilizaciones conocidas, y por la guerra han aparecido casi todas las civilizaciones nuevas; las guerras establecen y sancionan el primado, por más o menos tiempo, de un tipo de sociedad al frente de la humanidad; la guerra es el principal de los factores de esta imitación colectiva que juega tan importante papel en las transformaciones sociales; la forma más enérgica y más eficaz del contacto de las civilizaciones que rompe la fuerza del aislamiento psicológico; la más destacada de todas las formas de paso de la vida social, «une forme de passage accéléré».

Bien merecen tan importantes aspectos de la guerra un estudio científico de la misma, un conocimiento objetivo del «fenómeno guerra».

Por esta razón, el profesor Bouthoul había propugnado ya con anteriori-

dad a este libro un «estudio científico del fenómeno guerra» considerado como un fenómeno social, para distinguirlo de la ciencia militar de la guerra (tal como se enseña en las escuelas y academias militares). Esta verdadera ciencia de las guerras es la *Polemología*. Ciertamente que se están multiplicando en los últimos años los libros, estudios, artículos y publicaciones sociológicas sobre la guerra, pero casi siempre limitados al estudio de una guerra determinada y con enfoques unilaterales y parciales de la misma. Pero, ¿por qué —se pregunta el autor— el «fenómeno social más importante» no ha suscitado investigaciones para estudiar objetivamente sus características y sus aspectos funcionales, como se ven aparecer constantemente investigaciones sobre las enfermedades, siendo así que la guerra ha causado ella sola más víctimas que todas las enfermedades juntas? ¿Será acaso por la evidencia de las guerras y porque hayan creído que son inevitables? ¿O, por el contrario, porque pareciendo que las guerras dependen de nuestra voluntad, tienen un principio y fin en un momento preciso con toda serie de formalidades diplomáticas, deliberaciones y discusiones sobre las que poco tendría que decir un riguroso estudio científico? Es precisamente esta creencia en el carácter voluntario de las guerras el principal obstáculo a su estudio científico; el «ilusionismo jurídico» de la astucia o del duelo individuales, los proyectos, pactos, leyes y Tribunales internacionales, los Reglamentos y Códigos, los proyectos de arbitraje, etc., no parecen otra cosa que reproducción del Derecho privado o del Derecho feudal con su concepción del arbitraje en las querellas entre particulares.

Ahora, como en la Antigüedad o en la Edad Media, la guerra, en las relaciones entre las naciones, continúa siendo el fundamento del Derecho internacional y, a la vez, el criterio y la justificación de la independencia de los pueblos; se oscila entre el «ilusionismo jurídico» y el «pacifismo retórico» para volver al viejo adagio romano: «Si vis pacem, para bellum». Y, ¿por qué de una vez —nos preguntamos nosotros— no sustituirlo por este otro mucho más lógico y evidentemente mucho más justo y pacífico: «Si vis pacem, para pacem»? Pero para poder pensar seriamente en llegar a un pacifismo científico (que no ha de confundirse con «pacifismo integral» a toda costa), es preciso llegar al conocimiento objetivo del «fenómeno-guerra». Es el estudio de la polemología el que permite situar los problemas de la guerra y de la paz sobre un nuevo terreno, como un derivativo intelectual y una posición que permita «desacralizar la guerra y despolitizar la paz».

Esta es la preocupación científica del autor, de la cual la terapéutica no será sino una consecuencia. Pero, como toda ciencia, esto supone conocer qué es la guerra, su naturaleza, funciones, cuáles son los papeles tan importantes

que han jugado, y juegan, las guerras; en otros términos, conocer el mal antes de encontrar los remedios. Para este estudio científico de la guerra, analiza, delimita y define el autor el fenómeno de la guerra y presenta sus múltiples aspectos económicos, demográficos, etnológicos y psicológicos, para terminar con la exposición de las causas a que se atribuye la guerra. Pero antes dedica un capítulo a la «historia de la idea de la guerra», señalando brevemente «las principales teorías que han sido sostenidas a propósito de las guerras» y los principales juicios emitidos sobre ellas desde que los hombres luchan entre sí.

Las *mitologías* de las civilizaciones históricas nos revelan como datos comunes: el lugar y trascendencia que ha tenido la guerra y el carácter altamente loable de la actividad guerrera que los dioses practican y protegen (el Panteón germánico; la India brahmánica con sus libros sagrados —que son relatos de combates entre los dioses, genios y gigantes—, las leyendas y poemas épicos como el Ramayana consagrados a los fastos mitológicos y descripciones de batallas; la mitología griega mostrándonos a Zeus y los dioses combatiendo a los Titanes). Los sacrificios a los dioses antes y después de las batallas (en los asirios, los egipcios, los aztecas), conjugadas con los ritos funerarios anticipados y propiciatorios o su apoteosis posterior (recordemos los banquetes funerarios de los pilotos de aviones suicidas Kami-Kaze) japoneses, en la última guerra, o los *hara-kiri* después de una batalla perdida.

Las *doctrinas teológicas* de las guerras en el *Antiguo Testamento* (en el que aparecen distintos enjuiciamientos de la guerra); en *El Corán* que propugna la propagación del Islam por las armas como un deber religioso, un ideal, una orden divina contra los no creyentes, premiando con el famoso paraíso de Mahoma reservado a los guerreros muertos en combate. La *teología cristiana* que, según el autor, ha sido fluctuante: desde el repudio categórico de la violencia en los primeros padres de la Iglesia (precedente de modernos pacifismos) (le dogme de la non violence repris par Tolstoi et Ghandi, est essentiellement une invention chrétienne»), pasando por las Cruzadas —«que pusieron a prueba la habilidad dialéctica de los teólogos»—, hasta la doctrina de *guerra justa* de Santo Tomás con sus conocidas condiciones (autoridad del que la declara causa justa y recta intención), seguida por nuestros grandes teólogos-juristas Molina y Suárez (a quienes no cita el autor).

Las *doctrinas filosóficas* sobre la guerra, con la única excepción —según el autor— de la filosofía china, los filósofos griegos consideran la guerra, en general, como parte del orden cósmico-humano providencial («la guerra es la madre de todas las cosas» —dice Heráclito, y Platón y Aristóteles admiten su legitimidad como necesaria para el bien de la «polis»—). Entre los mo-

ernos, Kant en su *Proyecto de una Paz Perpetua*, después de definir algunos principios, concluyen que «la Paz Perpetua es impracticable, pero que puede ser indefinidamente intentada». Hegel es considerado como un apologista de la guerra, que es un momento «civilizador» en el que el Estado realiza su más alta conciencia; es un mal necesario que tendrá fin con la realización del «Espíritu absoluto». Para De Maistre «la guerra es divina en sí misma porque es una ley del mundo»; es una de las «grandes empresas» por las que el alma humana sale de la molición y de la incredulidad. La doctrina de Nietzsche es una exaltación de la lucha y de la guerra «que santifica toda causa» y «excelente escuela» de virtudes. Otros filósofos, por el contrario, critican a los apologistas de la guerra, presentando ésta como una «regresión» y una aventura absurda, esforzándose (los filósofos del siglo XVIII) en «desacralizar» la guerra contra la que arremete exaltadamente Voltaire.

Las *doctrinas morales y jurídicas* presentan reglas vagas o precisas sobre la guerra y a las que ésta debe someterse en su declaración y ejecución, dependiendo de esta observancia la moralidad y justicia de las guerras y de los tratados que la siguen, apareciendo, con una u otra terminología, los conceptos de guerras ofensivas o defensivas, guerras de agresión, necesarias o voluntarias. Destacan a este respecto los principios del Derecho bíblico de guerra contenidos en el *Deuteronomio* (XX, 10; XX, 14, y XXII) relativos a evitar la guerra, a la moderación y justicia de su realización, y a las condiciones de paz. En la Edad Media «gracias a la acción paciente y tenaz de la Iglesia», el Derecho de gentes, los principios del cristianismo, las instituciones (por ejemplo la Tregua de Dios), van elaborando reglamentaciones que tienden a evitar y limitar las guerras o a hacer éstas menos peligrosas. Para Maquiavelo «toda guerra es justa porque es necesaria como medio para defender la patria» («ya sea con ignominia o sea con gloria, todos los medios son buenos» porque lo es el fin «que los justifica»). Después de Maquiavelo —dice Bouthoul— hasta fines del siglo XIX, «no hay apenas teorías positivas sobre la guerra fuera de las doctrinas de los teólogos o de los juristas». Clausewitz, analista de la guerra, de sus fines, medios y aspectos, justifica la guerra con argumentos de razón: el Ejército es un instrumento de la política, y «las guerras no son sino la expresión o manifestación de la política»; es la política la que decide las guerras, y si la política de un Estado es procurar la propia subsistencia y bien de la sociedad, y aquí la importancia del Ejército como base de la vida social porque es al Ejército a quien el Estado encomienda la defensa de aquellos fines, y de aquí la importancia de la guerra (que es guerra total de la nación): «Victoria es sinónimo de anonadamiento».

Las *teorías sociológicas* tienen como principio común el reconocimiento de la guerra como un «fenómeno normal» de la vida de los pueblos. Dentro de

Las teorías sociológicas de la guerra distingue el autor las llamas *optimistas* que consideran las guerras como el producto de una estructura social que es de esperar que un día será superada; y las *pesimistas* que ven en las guerras un fenómeno eterno que, por otra parte, es, a veces, benéfico. Entre las doctrinas «optimistas» de la guerra, señala el autor a Saint-Simon (según el cual el estado de guerra o de paz depende de la industria, y será el régimen industrial el que por evolución histórica sustituya el régimen militar), y su colaborador Augusto Comte que, tras distinguir entre «estado militar» y «estado industrial», afirma que el fin de la actividad humana es la «conquista» o la «producción»; para él también la evolución de la guerra pasa por la «Loi des trois états»: la guerra por sí misma y por necesidad; la guerra subordinada al industrialismo naciente, y la industrialización que, en fin de cuentas, va a suprimir la guerra.

De cómo Saint-Simon y Comte y sus predicciones han sido, y son, desmentidas por la ironía de los hechos, habla bien claro la implicación recíproca, cada vez más creciente, entre la industria y el militarismo y la guerra, si tenemos en cuenta que la guerra ha contribuido grandemente al desarrollo de la industria, y ésta, por su parte, es la gran reserva e imprescindible servidora del militarismo.

Si la «lucha de clases» marxista no es sino una «guerra eterna de los pobres contra los ricos» (de los «explotados» contra los «explotadores», que tienen por origen los antagonismos económicos), una segunda posición del marxismo, respecto a las guerras, es, según Bouthoul, «la adopción de la tesis maquiavélica de la guerra *diversión* combinada con la noción volterriana de *mistificación*».

Entre las *doctrinas pesimistas* están los apologistas de la guerra que predicen con satisfacción, que las guerras no sólo no desaparecerán sino que no deben ni pueden desaparecer, puesto que ellas son un instrumento de lucha (desde la biológica darwiniana por la vida y eliminación de los inadaptados) individual y colectivo, en la que se forjan las grandes virtudes (Steinmetz, Ysoulet, Nietzsche, Sorel, Gumplowicz).

Delimitar y definir el «fenómeno-guerra» supondría un conocimiento perfecto de este fenómeno. A este conocimiento científico ayuda grandemente la consideración de los caracteres de la guerra. Integrar la guerra en el conjunto de fenómenos de oposición y de lucha considerándola como un caso particular de la lucha universal, es un confucionismo ya que hay entre la guerra y las otras formas de lucha diferencias esenciales; el «obstáculo» en estas últimas podrían ser las cosas inertes o adversarias inconscientes, mientras que la guerra supone siempre un enemigo activo y organizado implicando

reciprocidad de acción voluntaria. El rasgo más característico de la guerra es «su carácter de fenómeno colectivo». Se distingue la guerra de la lucha universal y de los crímenes individuales por otros rasgos muy importantes: «Un elemento subjetivo, la intención, y un elemento político, la organización», ya que la guerra está al servicio de intereses de un grupo político, mientras que la violencia individual sirve a intereses privados. La guerra tiene, sobre todo, un carácter jurídico, esto es, está regida por reglas más o menos precisas, por un Derecho formal o consuetudinario. Precisamente, en atención a este carácter jurídico ha sido definida la guerra como «la condición legal que permite a dos o más grupos hostiles emprender un conflicto armado» (M. Quincy Wright); y considerando sus intenciones, Clausewitz dice que la guerra es «un acto de violencia cuyo fin es forzar al adversario a ejecutar nuestra voluntad»; «lucha entre hombres» (Masters); «lucha entre Estados independientes» (Bluntschli, Pradier, etc.); «el combate llevado por un grupo determinado de hombres, tribus, naciones, pueblos o Estado contra un grupo parecido o semejante» (Boguslanski); «el estado de lucha violenta entre dos o más grupos de seres pertenecientes a la misma especie, de *leur désir* o por su voluntad» (Langorgette); «un conflicto simultáneo de fuerzas armadas, de sentimientos populares, de dogmas jurídicos, de culturas racionales» (M. Quincy Wright). Después de estas definiciones, el autor propone la suya: «La guerre est une lutte armée et sanglante entre groupements organisés» (*Les guerres*, página 36, y *La guerre*, pág. 33).

Los caracteres económicos de las guerras tienen evidentes manifestaciones en las causas y consecuencias económicas de las guerras, las guerras y las coyunturas económicas, empezando por la necesidad de una acumulación de capital para personal militar, armamentos y víveres, que hace decir al autor que la guerra se presenta como una *actividad de lujo*. Y, ciertamente, únicamente los pueblos económicamente fuertes pueden permitirse el «lujo» de preparar y hacer una guerra; y los que hacen las guerras sin tener ese potencial económico bien sabemos cuánto hipotecan, a veces, por las «ayudas» que reciben de sus suministradores.

Es indudable que el «consumo acelerado» de riquezas (comprendiendo aquí las destrucciones, que no son otra cosa que una forma particular de consumo) que supone toda guerra, provoca desplazamientos de riquezas, produce modificaciones en las estructuras económicas, modifica las inversiones, favorece el desarrollo de ciertas industrias o de ciertas formas de producción; las cargas que resultan de las pensiones, tributos, indemnizaciones, etc., repercute grandemente en la economía nacional; las cláusulas económicas de los tratados de paz modifican el comercio exterior. En una palabra, las consecuen-

cias de las guerras pueden modificar profundamente la vida y la estructura económica de las naciones. Por esto, teorías muy importantes consideran que los factores económicos son la causa primordial de todas las guerras. Pero el término «económico», su extensión y uso pueden llevar a confusiones, por lo que el autor hace algunas precisiones. Es innegable —dice— que todas las guerras tienen *efectos* económicos, pero éstos son posteriores a las guerras (su causa). Para afirmar que los hechos económicos son el *origen* de las guerras sería preciso poder decir que la causa, o al menos el *móvil* del conflicto es exclusivamente de orden económico, que ha sido el único elemento *inicial* y *determinante* a la vez del conflicto. Y no todas las guerras responden a esas «motivaciones» económicas; si se profundiza en la motivación de las guerras, «la mayor parte de las guerras económicas acaban por devenir guerras psicológicas». El afán de poder es más grande que el de la riqueza, pero también es cierto que quien detenta el poder lo puede extender, de alguna forma, hasta la riqueza de los demás.

Cualesquiera que sean las formas de desequilibrio económico susceptibles de incitar a la violencia y provocar una guerra, pueden reducirse, según el autor, a dos: *penuria* o *superabundancia*, y aun cuando una y otra de estas formas sean también «efectos» de las guerras, no cabe duda que, a veces, las han provocado, o para satisfacer esas necesidades primarias mínimas vitales de algunas colectividades, o para buscar salida y mercados a un exceso de producción de alguna nación. No puede por ello afirmarse que las crisis económicas postulen siempre la guerra como lo demuestra el hecho de que las crisis sorprendentes (por la novedad, desconocimiento de su naturaleza y remedios), de la primera mitad del siglo XIX —«uno de los períodos más pacíficos de la historia europea»— no provocara la guerra.

Los *efectos demográficos* de las guerras son los más evidentes e inmediatos. No hay guerra sin homicidios; la guerra es *l'homicide collectif organisé, finalisé*, y las muertes humanas en las guerras modernas, con sus insospechados medios de destrucción, se cuentan, desgraciadamente, por millones, siendo las víctimas mucho más numerosas y variadas que entre los vencidos. La guerra es la más eficiente de las «instituciones destructoras voluntarias». Las guerras producen un *déficit demográfico*, es el índice cierto de una *función de destrucción* o, como dice Bouthoul, de «consumación acelerada». Como si la guerra tuviese una función social recurrente caracterizada por la acumulación en una sociedad de un capital humano del que una parte, en un momento dado, es brutalmente eliminada, el autor propone llamar *estructura explosiva* la estructura demo-económica de un grupo dado en el que «un gran excedente», una «plétora de hombres jóvenes superan las tareas indispensables

de la economía»; esta situación predispone a la impulsión belicosa y tiende a liquidarse en una expansión brusca, de carácter espasmódico y gregario, cuyos dos tipos clásicos son la «emigración en grupo» y la «expedición guerrera».

Por eso la guerra no parece ser un hecho primitivo, sino más bien un «epifenómeno y como la manifestación febril de desequilibrios sociales, principalmente demográficos». Esto es lo que constituye una de las reacciones características de la psicología social que el autor llama «impulsión belicosa colectiva» como repercusión psicológica de las variaciones de la estructura demográfica. Pero no es la guerra la única institución destructora (aunque sí la más eficiente) de la Humanidad.

Capítulo muy interesante de la Polemología lo constituye el estudio de los *caracteres etnológicos de la guerra*. En el fenómeno social, guerra, como en la vida de todos los grupos, juega un papel primordial la «fiesta» que presenta un grupo de caracteres, ninguno de los cuales deja de encontrarse en la guerra. La fiesta es una «reunión material» de miembros del grupo; es un «rito de gasto o de dispendio» de «destrucción ostentatoria»; se acompaña a menudo de la «subversión de ciertas reglas morales, cuyos tabús son dispensados»; es un rito de exaltación colectiva (que se acompañaba, en las civilizaciones arcaicas, de sacrificios); la fiesta, en fin, provoca una cierta insensibilización física e insensibilización moral. Pues bien, se puede decir que «la guerra es la fiesta suprema, la gran orgía sagrada en el sentido sociológico de la palabra», es la subversión misma, de la que las otras formas de fiesta no son sino pálidas imitaciones. Es indudable el *carácter estético* de la guerra (el colorido de los uniformes, la vistosidad de los combates, el espectáculo —trágico pero no menos estético— del empleo combinado de las armas); el *carácter destruyente*, verdadera «fuente de emociones» que rompe totalmente con la monotonía de la vida; el *carácter sagrado* y la *transmutación de valores* que borra los límites de las prohibiciones contra las personas y sus bienes que son destruidos u ofrecidos como «ritos de guerra o sacrificios».

Toda la conducta y el comportamiento humanos son el resultado de unas motivaciones psicológicas, de unos «impulsos» que ponen en «movimiento» el ser psicológico y que hacen que «se comporten» de una u otra forma. La guerra —ya lo hemos dicho— es un impulso belicoso y agresivo. Por eso el conocimiento de los *rasgos psicológicos de la guerra* son de gran importancia para un estudio científico de las guerras —y esto es la Polemología—. A este estudio dedica el profesor Bouthoul un capítulo del libro en el que comprende las impulsiones y agresividad belicosos, los comportamientos de los combatientes, los combatientes y la jerarquía social, el comportamiento de los dirigentes, las consecuencias psicológicas de las guerras y las formas del pacifismo (que también éste es un comportamiento psicológico).

Acerca de las circunstancias en las que nace entre los dirigentes y los pueblos el deseo o impulso de la guerra, un estudio psicológico no puede menos de tener en cuenta las relaciones estrechas que existen entre la agresividad y la frustración, y ésta surge cuando un obstáculo cualquiera nos impide satisfacer un deseo o alcanzar un fin; y la irritación provocada por la frustración, que se traduce en agresividad, no se dirige siempre al autor de la frustración (son curiosos los ejemplos a este respecto tanto en los animales como en los hombres frustrados). La frustración económica, como la frustración política, provocan y aumentan la agresividad en las clases económicas, en los dirigentes, la Administración o el partido en el poder, o, por el contrario, la agresividad de las clases o partidos en la oposición, que buscan en la violencia o resolución remedio a sus frustraciones. Son fenómenos de psicología social que responden a las reacciones individuales en su comportamiento. Cierta también que las reacciones a la frustración pueden revestir a veces una forma «depresiva» (la resignación reemplaza a la agresividad). Y aun cuando las multitudes son más bien pasivas, sumisas y conformistas, también es verdad que son fácilmente sugestionables (y bien saben y se aprovechan de esto los agitadores políticos) y, que su agresividad reviste un comportamiento (pillaje, linchamientos, enfurecidas, incendiarias, etc.) que rebasa la conducta que seguiría cada uno de los que la componen (de las destrucciones y masacres cometidas por las muchedumbres no serían capaces cada uno de éstos). La intensidad y duración caracterizan las impulsiones belicosas colectivas, y son tantos los motivos o causas ocasionales que alientan su agresividad y hacen de ésta una «auto-mistificación» que hace pensar a los psicólogos si esta agresividad no tendrá un fundamento infraestructural más sólido y constante, buscando en los «complejos» del método del psicoanálisis (complejo de «fracaso» o revés, de culpabilidad física o metafísica —que conduce a personalizar los contratiempos y las desgracias—, sentimiento de inferioridad, sentimiento de inseguridad, etc.), la explicación de los comportamientos agresivos (de los agresores y de los atacados). Las actitudes guerreras (comportamiento heroico ante el peligro, tendencias románticas de exaltación de valores, el sentimiento del honor, el coraje, la fidelidad y amistad entre los combatientes, la lealtad a una causa y a los jefes, que son otras tantas virtudes éticas de la guerra, que, junto con otros sentimientos no tan nobles —que también despiertan la guerra—, constituyen (las causas y efectos a la vez), comportamiento agresivo, individual y colectivo.

De gran interés para la Polemología es el análisis de los comportamientos psicológicos que siguen inmediatamente a la paz. Esto es, las *consecuencias psicológicas de las guerras*. Si toda guerra es una calamidad nacional o inter-

nacional y afecta a todos, sin embargo, al final de toda guerra hay vencedores y vencidos, aun cuando hay grados en la derrota como en la victoria (sumisión total, capitulación, aceptación de algunas desventajas, etc.). En todo caso, las primeras consecuencias de la guerra ha sido un gran derroche y desgaste de energías, de bienes, de hombres. Por eso su final acabamiento produce, como primer resultado psicológico, el «fin de la agresividad de los individuos —dirigentes o combatientes—» que, indudablemente, produce una intensa sensación de euforia para vencedores y vencidos y para los propios pueblos interesados que esperan una normal reanudación de su vida. Pero, al mismo tiempo, a esta euforia súbita, van siguiendo grandes preocupaciones para rehacer tanto como la guerra ha destruido y la esperanza —que no es una actitud arbitraria— de que cada guerra importante termine una época e inicie una nueva que, desde el punto de vista psicológico, presenta una serie de complejos (inferioridad de los vencidos, sanciones, transformación de instituciones y de mentalidades, mutaciones sociológicas, etc.) que, a su vez, van provocando poco a poco resentimientos y reacciones, en vencidos y vencedores, que, donde ha parecido que el ciclo estaba cerrado, las impulsiones belicosas están prontas de nuevo a manifestarse.

Porque forma parte de los comportamientos psicológicos del «fenómeno-guerra», dedica el autor en el capítulo una breve consideración a las formas de pacifismo. Entendido, claro es, como lo contrario a la impulsión belicosa y que, por eso, es una reacción psicológica directa que afecta a la opinión sin pasar previamente, como los juicios teológicos o filosóficos, por razonamientos complicados; es, más bien, la expresión de una actitud, de un deseo. Pero como el pacifismo se puede considerar como «la manera de cómo se reivindica la paz, y esto depende estrechamente de la conmoción dominante sobre la significación de la guerra», de aquí que las actitudes y doctrinas pacifistas se puedan dividir según que sus promotores consideren la guerra como «una cosa sagrada», o bien, despojándola de este carácter, la entienden como «una cosa profana», condenable y despreciable. Dentro del *pacifismo sagrado* están, para el autor, el «pacifismo bíblico» (que consiste en velar porque no se den las causas que provocan la sanción divina sobre la comunidad), el «pacifismo romano» (pacifismo de vencedores que cargan sobre los vencidos toda responsabilidad, estableciendo el «ius» entre los pueblos ya que desobedecer al pueblo romano es a la vez un crimen de lesa majestad y una impiedad), y el «pacifismo fatalista» (que se resume en una actitud de no-resistencia, porque la guerra es el inevitable instrumento del destino y no cabe sino inclinarse ante el vencedor elegido de los dioses). En el *pacifismo no sagrado*, están el «pacifismo evangélico» (para el que la guerra es puramente humana) al que se pueden asimilar las doctrinas históricas de la no-violencia; el «pacifismo

doliente» (que apela a los hombres presentándoles las crueldades, destrucciones y sufrimientos de todo orden que llevan en sí las guerras); el pacifismo «moderado» que tiende a moralizar la guerra más que a condenarla (este pacifismo es defendido por todos los autores de Derecho internacional) el «pacifismo belicoso» (que exhorta a los pueblos a hacer la guerra para poner fin a ella, «guerra a la guerra»); el «pacifismo irreverente» o irrespetuoso (que se esfuerza en desacralizar la guerra y ridiculizar los usos militares, el nacionalismo agresivo y la literatura sobre la guerra).

Un estudio científico sobre la guerra no puede menos de abordar el problema de las «causas» atribuidas a la guerra y «planes de paz». Porque todo conocimiento científico es «conocimiento por las causas», la *Polemología* busca las causas de la guerra en sus distintos aspectos y los planes de paz que puedan ser su remedio. Pero es un hecho desgraciadamente innegable la correlación guerra-paz, o paz y guerra, ya que si a las guerras han sucedido tratados de paz, pronto, nuevamente, a éstos suceden las guerras. Es preciso, por ello, asegurar la paz sobre bases más estables que las de los tratados particulares y superar el círculo vicioso de que la violencia engendra la violencia perpetuamente; hay que tratar de «reemplazar los contratos o tratados por un estatuto o una ley internacional que permita evitar el recurso a la fuerza». Para ello es preciso conocer los hechos que perturban la paz para dictar las leyes apropiadas para descartarlos. Por eso «todos los planes de paz que nos han sido propuestos en el curso de los siglos están fundados, implícita o explícitamente, sobre una teoría casual de la guerra». Pero como cada época tiene sus motivos de guerra favoritos que preocupan a los contemporáneos y favorecen sus reflexiones, los autores de planes de paz constatan que tal guerra ha tenido tal causa determinada que es generadora de todos los conflictos armados, por lo que proponen tal o cual medida que pueda abolirlos o centralizarlos y, por consiguiente, asegurar la paz definitiva.

Al tratar de delimitar y definir la guerra, ésta aparece como un fenómeno social muy complejo que presenta marcados caracteres económicos, demográficos, etnológicos, psicológicos y políticos que no pueden considerarse aislados ni, cada uno de ellos, como causa productora exclusiva de la guerra. Ni la economía liberal (acusada de ser la causa principal de la guerra) ni el capitalismo es más belicoso que otros sistemas. ¿Acaso quienes pronostican y propugnan su desaparición nos asegurarían (nos están asegurando ya) la paz universal? La experiencia nos demuestra que los Estados socialistas no son menos sensibles a la gloria militar, y sus presupuestos militares nos dicen bien claro cuáles son sus intenciones «pacifistas». La voluntad de poder y los impulsos belicosos parecen, pues, bien independientes de los sistemas económicos ya que en

todas las estructuras nos encontramos Ejércitos y guerras. Por eso ningún economista, historiador u hombre político ha podido precisar a qué grado de antagonismo económico debe necesariamente estallar la guerra. Es más, parece que son los factores económicos los que están al servicio de las impulsiones belicosas; que es la economía siempre uno de los instrumentos de la guerra, pero no que la guerra sea siempre instrumento de la economía.

Por lo que se refiere a los planes políticos de paz, éstos dependerán, en gran parte, de la función política de las guerras y lo que éstas afectan a las creencias, ideologías y técnicas. Pero no siempre las transformaciones políticas que lleven consigo las guerras suponen, necesariamente, un progreso. Según la «teoría causal» que es la base de estos «planes», la guerra es la consecuencia directa de la soberanía de los Estados; un Estado único y un único Soberano haría reinar la justicia y la paz sobre el mundo, eliminándose así la «inseguridad» y temor a los agresores eventuales. Pero la Historia demuestra cómo fueron relativamente breves los períodos de paz que siguieron a la constitución de grandes Imperios (el Imperio chino o el Imperio romano) y pronto las luchas o facciones, las querellas internas y las rivalidades entre los Ejércitos y sus jefes, hacen surgir las «guerras civiles» cuya importancia y crueldad es aún mayor que en las guerras internacionales. Tampoco las experiencias de Super-Estados son más convincentes y eficaces en cuanto a la posibilidad de suprimir las guerras. Los planes de «equilibrio entre los Estados», que tienen en cuenta el factor fuerza, parten del punto de vista de que la paz podrá ser subsanada por el «contrapeso» y «oposición» que se neutralizan unos a otros. La paz sería así el resultado de una participación del mundo entre Estados de fuerza equivalente, en «zonas de influencia» mantenidos por el juego de acuerdos, alianzas y condiciones, que alejarían las tentaciones belicosas. Pero también esta doctrina del equilibrio (que es, en definitiva, una concepción ofensiva y de mutua amenaza) se convierte fácilmente en fuente inagotable de guerras. Los planes de paz fundados sobre los regímenes políticos responden a la creencia equivocada, de sus sustentadores, de que los regímenes políticos internos de los Estados son causas de guerra, o que tal o cual régimen político es esencialmente belicoso o pacifista, o también que la diversidad o identidad de creencias religiosas predispone necesariamente a los pueblos. La experiencia de las guerras en todos dos regímenes políticos y entre los que profesan idénticas creencias religiosas, desmienten esas teorías. Lo mismo cabe decir del «principio de nacionalidades» que si parece debía conducir a la Humanidad a una era idílica, se ha revelado tan fecundo en discordia como el principio dinástico.

De los «planes jurídicos» desde la Edad Media a nuestros días y de las Federaciones, Congresos, Alianzas, Convenciones, Tribunales, Organismos in-

ternacionales, Sociedad de Naciones, Carta de la O. N. U., Pactos, etc., destaquemos, al menos, su intención de evitar las guerras y sus plausibles «declaraciones» y postulados de que la guerra es el medio empleado por los Estados para imponer su voluntad, que este medio es brutal y debe declararse ilícito o reglamentarse rigurosamente. Pero «la verdad es que la guerra —lamenta el autor— no es nuestro instrumento, somos nosotros los instrumentos de la guerra, se sirve de nosotros y se hace a través nuestro»; es como una *epidemia psíquica, un delirio colectivo*, la guerra «no es un medio, es un fin en sí, *une fin qui se déguise en moyen*». Querer reglamentar o prohibir la guerra por medios jurídicos «parece tan vano como castigar por una ley el hecho de contraer la peste o la fiebre tifoidea». El papel práctico esencial de la sociología —dice Bouthoul— debe ser «permitir al hombre dominar las impulsiones sociales, apartar y canalizar las fuerzas ciegas de la fatalidad». Más aún, es preciso conocerlas. Es preciso desarraigar los impulsos bélicos del pensamiento de los hombres por la *educación*; vieja y nueva doctrina ésta donde el pacifismo estoico, desde la paz en San Agustín y Luis Vives hasta la auténtica doctrina pacifista propugnada por los últimos Pontífices y el Concilio Vaticano II (1). Pero la propaganda de los «pacifismos» de nuestros días (cuando tantas de sus formas y manifestaciones nada tienen de pacíficas) lo mismo que los «planes de paz» no tienden sino a eliminar los motivos de guerra, por otra parte ya desacralizados o pasados de moda.

Los «planes demográficos» se basan en la restricción o limitación de la fecundidad natural, que ha revestido diversas formas a través de la Historia y que «cualquiera que sea la interpretación que se le dé, el hecho permanece y su persistencia y su generalidad deben hacernos reflexionar». Sin embargo, la tesis de Malthus de que la guerra, como los hombres y las epidemias, es un modo de reequilibrio entre población y subsistencia, después de la explotación de América y de otros territorios ricos, pero todavía desiertos, que ha proporcionado a Europa una gran abundancia, «ha sido desmentida por los hechos». Pero no cabe duda que el factor demográfico ha jugado un gran papel porque «la superabundancia que precede a la guerra debe contar a la vez *un surplus de produits et un surplus d'hommes disponibles*». Actualmente, los dos países que se muestran más aptos para precipitar al mundo en una catástrofe guerrera, Rusia y los Estados Unidos, son precisamente los que cuentan a la vez las mayores reservas naturales y el mayor excedente real de hombres jóvenes. «Estructura explosiva llena de amenazas», dice Bouthoul, para quien «más o menos tarde, en nuestras civilizaciones saturadas de hom-

---

(1) Nuestro trabajo *Actualidad del pensamiento pacifista del humanismo estoico-renacentista español*, Madrid, 1968.

bres, se planteará la cuestión del *desarme demográfico*, no solamente de la «reglamentación numérica», sino también «los progresos de la biología y de la genética para la proporcionalización de grupos, edades y sexos». Es más, añade el autor, «la declaración de Derechos del hombre de la O. N. U. ha olvidado un punto esencial: en una civilización mundialmente ordenada, sea socialista o liberal, se puede conceder al hombre todos los derechos que se quiera *hormis celui de procréer inconsidérément*». Porque «compromete el equilibrio económico y la seguridad del conjunto». Son éstas, a nuestro juicio, palabras poco medidas por el autor, ya que el «derecho de procrear» no es de los que pueda «conceder» o no una Asamblea ni una civilización socialista o liberal, sino que es concedido por la naturaleza y siguiendo las «tendencias naturales» para la perpetuación de la especie; y «procrear inconsiderablemente» no es frase más feliz tampoco a no ser que con ello quiera justificarse el empleo de todos los medios para evitarlo y esto, a la verdad, no lo dice, al menos expresamente, el autor. Entendemos que ha sido debidamente abordado el problema en estos últimos años en celebrados y discutidos documentos pontificios, y es posible que en sucesivas ediciones de *La Guerre*, su autor, el profesor Bouthoul, no dejará de mencionar la encíclica *Humanae Vitae*, muy documentada y de gran autoridad a este respecto.

De entre todos los «planes de paz» parece, evidentemente, el primero y más eficaz, «el plan de desarme», porque las guerras se hacen siempre con armas. Suprimir todas las armas, prohibir el empleo de ciertas armas, o suprimir los Ejércitos permanentemente, son las modalidades de estos «planes de desarme». Pero, teniendo en cuenta, precisamente, la influencia cada vez más destructora de las armas modernas y el terror que infunde a la Humanidad su empleo masivo, mantienen otros teóricos de la guerra que «las armas son el medio más eficaz de evitar las guerras». La experiencia ha desmentido aquí también estas previsiones. Y la limitación de los efectivos militares o la supresión de los Ejércitos propugnada por las teorías antimilitaristas, tampoco resultaría más eficaz porque «todo hombre es un soldado "eventual"» máxime en las guerras «totales» modernas. Ni la pretendida creación de un Ejército internacional único al servicio de la Sociedad de Naciones, al que alcanzarían las mismas críticas que a los proyectos de un Estado único (del que hemos hablado anteriormente), porque, formado por hombres, éstos estarían tentados de mil maneras a tomar partido en toda suerte de conflictos siguiendo sus afinidades u opiniones.

No; la guerra la hacen los hombres «guerreros», y solamente desarraigando de los hombres (dirigentes y dirigidos) sus impulsos belicosos es como pueden evitarse las guerras. Y esto no es problema de «pacificismos integrales». (la

paz a toda costa), sino de «virtud» y «educación», de hombres «pacíficos», de moral individual, de la que la moral pacifista colectiva sería una lógica consecuencia.

La guerra es un hecho mil veces repetido. Es un fenómeno social que, como todos los fenómenos sociales, tienen sus causas y motivos a los que obedecen y cuyo conocimiento nos proporciona la *Polemología*. En la coyuntura actual parece —termina Bouthoul— que no hay sino la elección entre las dos conductas siguientes: o bien continuar preparándonos a la guerra armándonos más y mejor, o bien ver en la guerra un fenómeno social susceptible de ser estudiado en sus funciones, sus elementos constitutivos y sus causas. Y «susceptibles, por consiguiente, de *prevención funcional*». En resumen, o estamos condenados a prepararnos para la guerra o a obrar por la Polemología.

EMILIO SERRANO VILLAFANE

